

POEMAS

En el mar, sobre las naves

En el mar, sobre naves alveoladas de camarotes,
El azul sin límites se extiende por doquiera,
Con los vientos que silban y la música de las ondas, de las
grandes imperiosas ondas;
O bien, en alguna barca solitaria, llevada sobre el denso
mar,
O gozoso y lleno de fe, desplegando sus blancas velas,
En el barco que hiede el éter entre la espuma relampaqueante del día, ó de noche, bajo las innumerables estrellas,
Quizá será leído por marineros jóvenes ó viejos, como un
recuerdo de la tierra,
En plena concordancia con mi fin.

«He aquí nuestros pensamientos, los pensamientos de los
que navegan,
No es sólo la tierra, la tierra firme la que aparece,
En este libro—podrán decir entonces—
También se extiende y arquea la cúpula del cielo; sentimos
el ondulante puente debajo de nuestros pies,
Sentimos la larga pulsación, el movimiento eterno del re-
flujo y de la ola,
Los acentos de misterio invisible, las vagas y vastas sug-
gestiones del mundo oceánico, las sílabas líquidas que se
derraman,
El olor, el ligero crujimiento del cordaje, el melancólico
ritmo,
La perspectiva ilimitada, el horizonte fosco y lejano están
aquí.
En este poema del Océano.»

No titubees, pues, ¡oh libro! cumple tu destino,
 Tú que no eres sólo un recuerdo de la tierra,
 Tú que también eres como una barca solitaria, hendiendo
 el espacio, hacia un fin que ignoro, y no obstante llena de fe.
 Navega tú también en conserva, con cada navío que navega.

Llévalos mis cariños (para vosotros, queridos marineros, los
 he encerrado en cada una de estas hojas);
 ¡Marcha bien, libro mío! Despliega tus blancas velas, mi
 pequeña barca, sobre las ondas imperiosas,
 Prosigue tu cántico y tu marcha, lleva de mi parte,
 Sobre el gran azul ilimitado de los mares,
 Este canto, para todos los marineros y para todas sus
 naves.

Á una locomotora

¡Tú serás el motivo de mi canto!
 ¡Tú, tal como te presentas en este instante, entre la borrasca
 que avanza, la nieve que cae y el día de invierno que declina,
 Tú, con tu armadura, tu doble y cadenciosa palpitación y
 tu convulsivo latir;
 Tu cuerpo negro y cilíndrico, tus cobres brillantes como el
 oro, tu acero límpido como plata;
 Tus pesadas barras laterales, tus bielas paralelas, cuyo
 vaivén anima tus flancos á modo de lanzaderas;
 Tu jadeo y tu gruñir rítmicos, que ora se agrandan, ora
 decrecen á la distancia;
 Tu gran reflector fijo en medio de tu negro frontal;
 Tus oriflamas de vapor que flotan, largas y pálidas, ligeramente
 purpuradas;
 Las densas nubes negras que vomita tu chimenea;
 Tu osatura bien ligada, tus resortes y tus válvulas, el vértigo
 de tus ruedas temblorosas;
 La procesión de vagones que te sigue obediente,
 A través de la tempestad ó de la calma, ora rápidas, ora
 lentas, corriendo sin desfallecer.

Tipo del mundo moderno—emblema del movimiento y de
 la potencia—pulso del continente;
 Ven á secundar á la musa, ven á amalgamarte en esta es-
 trofa, tal como ahora te contemplo,
 Con la borrasca y las ráfagas que tratan de rechazarte y
 la nieve que cae;
 Con la campana que haces resonar para advertir tu paso
 durante el día,
 Y por la noche, con las mudas linternas en tu frente osci-
 lante.

¡Belleza de voz feroz!
 Rueda á través de mi canto con toda tu música salvaje,
 Con tus linternas oscilantes en la noche,
 Con la risotada de tus locos silbatos que retumban desper-
 tándolo todo á semejanza de temblores de tierra;
 Nada más completa que la ley que te rige, ni más recta (á
 pesar de sus curvas) que la vía que sigues:
 (La bonachona dulzura no es para ti, ni el lloriqueo de las
 arpas, ni las tonterías de los pianos),
 Tus trinos de penetrantes gritos, las rocas y las colinas te
 los devuelven,
 Los lanzas más allá de las vastas praderas á través de los
 lagos.
 ¡Hacia los cielos libres, desenfrenados, gozosos y fuertes!

Chispas emergidas de la rueda

En este barrio de la ciudad donde la multitud circula todo
 el día,
 Me aproximo á un grupo de chicuelos que, apartado un
 tanto del tráfico, miran algo que rodean.
 Contra el borde de la acera, donde terminan las losas,
 Un afilador, con un cuchillo entre las manos,
 Inclinado sobre la piedra, afirma atentamente el acero
 contra ella, en tanto con el pie y la rodilla
 La hace girar rápidamente, con un movimiento igual,

Mientras se desprenden, en abundante lluvia de oro,
Las chispas que emergen de la rueda.

¡Cómo me cautiva y me conmueve esta escena con todos los
detalles que la componen!

El viejo afilador de faz triste y menton anguloso, con su
ropa usada y su largo delantal de cuero,

Yo mismo, con mis effluvios y mi fluidez, fantasma que
flota extrañamente, en este instante, detenido y absorto,

El grupo (un punto perdido en el vasto maremágnun que
circula),

Los chicuelos atentos y recogidos, el sordo rumor altanero,
persistente de la calle,

El ronco y sofocado chirriar de la piedra que gira, la hoja
del acero, ligeramente apoyada,

Esparciendo, proyectando á ambos lados, en minúsculas
cascadas de oro,

Los relámpagos que emergen de la rueda.

Desbordante de vida, ahora

Desbordante de vida, ahora, densa y visible,
En el año cuarenta y uno de mi existencia, en el año
ochenta y tres de estos Estados,

A alguien, que vivirá dentro de un siglo, en cualquier nú-
mero de siglos,

A vos, que aun no habéis nacido, dedico estos cantos es-
forzándome por alcanzaros.

Cuando leáis esto, yo que ahora soy visible me habré tor-
nado invisible;

Entonces seréis vos, denso y visible, quien se dará cuenta
de mis poemas, quien se esforzará en alcanzarme,

Imaginándoos cuán feliz seríais si me fuera dado estar á
vuestra era, y convertirme en vuestro camarada;

Que sea, pues, como si estuviera á vuestro lado. (No creáis
demasiado que no estaré entonces á vuestro lado.)

Canto de la vía pública

A pie, con el corazón ligero, huello la vía pública;
Franco y salubre el mundo se dilata ante mí;
El largo camino de tierra bruna que diviso, se extiende
hasta donde me plazca ir.

En adelante no esperaré más la suerte; yo mismo seré la
suerte.

En adelante, no lloriquearé más, no tendré más necesidad
de nada.

Estoy harto de las dolencias que huelen á cuartos cerra-
dos, de bibliotecas y de críticas fastidiosas;

Alegre y fuerte recorro la vía pública.

La tierra, y basta.

No deseo que las constelaciones estén más próximas.

Sé que están muy bien allá donde están,

Sé que ellas bastan á aquellos á quienes pertenecen.

(También por aquí llevo conmigo mi antigua y venturosa
carga.

Sí; llevo los hombres y las mujeres, los llevo conmigo don-
dequiera que vaya.

Juro que no me es posible abandonarlos.

Estoy lleno de ellos y quiero saturarlo á mi vez.)

Tú, vía por la que me encamino, paseando las miradas á
mi alrededor, no creo que seas lo único que hay por aquí:

Creo que aquí existen igualmente muchas cosas invisibles.

He aquí la lección profunda de la aceptación, sin preferen-
cias ni repulsas,

Los negros de cabezas lanudas, los criminales, los enfermos, los incultos no son rechazados;

La mujer que alumbra, la corrida en busca del médico, el mendigo que anda, el ebrio que titubea, el grupo de obreros con sus carcajadas;

El adolescente que escapa, el carruaje del ricacho, el dandy, la pareja prófuga,

El hombre matinal que anda por los mercados, el carro fúnebre, la mudanza del que se ausenta para la ciudad, la partida de la ciudad:

Todo eso pasa, y yo también paso indistintamente;
Nada puede ser prohibido,
Todo es aceptado, todo me es simpático y agradable.

¡Tú, aire que me brindas el aliento para hablar!
¡Vosotros, objetos que pecáis del estado difuso y dais forma á cuanto quiero decir!
¡Tú, luz que me envuelves á mí y á lo demás, en tus delicadas ondas iguales para cada cual!
¡Vosotros, senderos trazados por los pasos en los altibajos irregulares al borde de las rutas!
Creo que estáis penetrados de invisibles existencias.
(¡Me sois tan queridos!)
¡Vosotras, embaldosadas avenidas de las ciudades! ¡Vosotros, sólidos bordes de las aceras!
¡Vosotros, bancos! ¡Vosotras, estacas y maderas de los muelles!
¡Vosotras, urnas guarnecidas de madera en las que se encajan las chatas fluviales! ¡Vosotras, naves, á lo lejos!
¡Vosotras, hileras de casas! ¡Vosotras, fachadas sembradas de ventanas!
¡Vosotros, pórticos y puertas! ¡Vosotros, techos y enrejados!
¡Vosotras, ventanas cuyos vidrios transparentes dejarían ver tantas cosas!
¡Vosotras, piedras grises de las calzadas interminables!
¡Vosotras, pisoteadas encrucijadas!
De cuantos os han hollado creo que algo habéis conservado en vosotros, y ahora querréis comunicármelo en secreto;
Con vivos y con muertos habéis poblado vuestra impasible superficie; los espíritus de unos y de otros ahora querrían manifestarme su presencia y amistad.
A la derecha y á la izquierda se extiende la tierra.

El cuadro es viviente, cada una de sus partes se muestra en la mas clara luz.

Dócilmente la música suena allí donde se la llama, y calla donde no;

Gozosa es la voz de la ruta común, fresco y alegre es el sentimiento de la ruta.

—
¡Oh gran ruta que recorro! ¿eres tú quien me dice: *No me abandones?*

Dices: *No te inquietes.*

¡Si me dejas te perderás!

Dices: *¡Ya estoy pronta,*

Me siento hollada por todos y nadie me contesta; ¡late en mí!

—
¡Oh vía pública!—te contesto—; no tengo miedo de abandonarte, y sin embargo te amo.

Me manifiestas mejor de lo que yo mismo puedo manifestarme;

Serás para mí más que mi poema.

—
Pienso que todas las acciones heroicas fueron concebidas en pleno aire, lo propio que todos los libres poemas.

Pienso que yo mismo podría detenerme y realizar milagros.

Pienso que amaré todo lo que encuentre por la ruta, y que cualesquiera que me mire me amará.

Pienso que cuantos veo deben ser forzosamente felices.

—
A partir de ahora me liberto de los límites y de las reglas imaginarias.

Iré donde me plazca, seré mi señor total y absoluto.

Escucharé á los otros, examinaré atentamente lo que dicen.

Me detendré, escrutaré, aceptaré, meditaré

Y suavemente, con una irresistible voluntad, me sustraeré á los compromisos que quisieran detenerme.

Aspiro grandes bocanadas de espacio,
El Este y el Oeste son míos, el Norte y el Sur son míos.

Soy más grande y mejor de lo que había imaginado,
No sabía que atesorara en mí tantas buenas cosas.

Todo me parece admirable,
Puedo repetir sin cesar á los hombres y á las mujeres:
Me habéis hecho tanto bien, que querría devolveros otro tanto;

Quiero absorber fuerzas nuevas á lo largo de la ruta para mí y para vosotros,

Quiero, á lo largo de mi ruta, dar lo mejor de mí á las mujeres y á los hombres.

Quiero esparcir entre ellos una nueva felicidad y una rudeza nueva;

Si alguien me rechaza, no por ello me turbaré;

Quienquiera que me acepte, ese ó esa, será bendito y me bendecirá.

Si ahora se presentaran un millar de hombres perfectos, eso no me sorprendería.

Si ahora se presentaran un millar de mujeres de cuerpo admirable, eso no me asombraría.

Porque ahora descubro el secreto que preside la formación de individuos superiores.

Es desarrollarse en pleno aire, comer y dormir en compañía de la tierra.

Aquí hay sitio para la manifestación de una gran personalidad.

(Semejante destino se apodera del corazón de toda la raza de los hombres.

La fuerza y la voluntad que difunde, sumergen las leyes, rechazan las autoridades y los argumentos coligados contra ella.)

Aquí se pone á prueba la sabiduría.
La sabiduría no se pone á prueba en las escuelas.

La sabiduría no puede ser transmitida por el que la posee al que no la posee.

La sabiduría es del resorte del alma, no es susceptible de prueba, ella misma es su propia prueba.

Se aplica á todos los grados, objetos, cualidades, y permanece satisfecha,

Es la certidumbre de la realidad y de la inmortalidad de las cosas, es la excelencia de las cosas;

Hay algo en el móvil espectáculo del mundo que la hace emerger del alma.

Ahora analizo las filosofías y las religiones:

Pueden parecer muy buenas en las salas de conferencias, Y sin embargo, no significar nada bajo las vastas nubes, frente al paisaje y á las aguas corrientes.

Aquí es donde nos damos cuenta;

Aquí es donde el hombre siente sus concordancias,

Comprende lo que en sí encierra;

El pasado, el futuro, la majestad, el amor.

Si eso suena á hueco en vosotros, es porque vosotros estáis vacíos de ello.

Lo único que nutre es la simiente oculta en el corazón de cada objeto.

¿Dónde está el que arrancará la suya para vosotros y para mí?

¿Dónde está el que desenvolverá las estratagemas y deshará las envolturas para vosotros y para mí?

Aquí es donde los afectos se manifiestan; no son preparados de antemano; sobrevienen de improviso.

¿Sabéis lo que es ser amados, por extranjeros, cuando pasáis?

¿Conocéis la elocuencia de las pupilas que se vuelven para miraros?

Aquí se expande el alma.

La expansión del alma emana de lo interno, á través de portales enguinaldados de follajes provocando incesantes cuestiones.

¿Por qué estos impetus? ¿Por qué estos pensamientos en las tinieblas?

¿Por qué existen hombres y mujeres hechos de tal suerte que cuando se hallan á mi lado el sol dilata mi sangre?

¿Por qué cuando me abandonan, mis llamas de alegría declinan blandas y chatas?

¿Por qué hay árboles debajo de los cuales nunca me paseo sin que amplios y melodiosos pensamientos desciendan sobre mí?

(Estoy por creer que quedan suspendidos de esos árboles invierno y verano, y dejan caer siempre sus frutos cuando yo paso.)

¿Qué es, pues, lo que intercambio tan repentinamente con los extranjeros?

¿Con ese cochero, cuando me siento á su lado en el pescante?

¿Con ese pescador que arroja su anzuelo ó su red en la ribera, cuando pasando á su lado me detengo á contemplarle?

¿Qué es lo que hace que me sienta libremente abierto á la simpatía de un hombre ó de una mujer?

¿Qué es lo que hace que estén libremente abiertos á mi simpatía?

La expansión del alma es la felicidad; aquí está la felicidad.

Creo que llena el aire, que permanece en perpetua espera, En este momento fluye en nosotros, ya rebosamos de ella.

Aquí se expande el imperio fluido de la simpatía.

El fluido carácter de la simpatía que crea la franqueza y la suavidad del hombre y de la mujer.

(Las hierbas matinales no germinan más frescas ni más suaves cada día, desde el fondo de sus raíces, que la frescura y la suavidad con que ella surge por sí, continuamente.)

Presto los fluidos de la simpatía hacen trasudar de amor á los jóvenes y á los viejos,

Hace filtrar gota á gota ese encanto que se ríe de la belleza y de los talentos.

Suscita el deseo trémulo y doloroso del contacto.

¡Vamos! Quienquiera que seáis, ¡en marcha conmigo!
Viajando á mi lado encontraréis lo que nunca fatiga.

La tierra, jamás fatiga. La tierra es ruda, taciturna, incomprendible al principio.

La Naturaleza es ruda é incomprendible al principio;
No os descorazonéis; continuad. Las cosas divinas siempre yacen ocultas.

Yo os juro que las cosas divinas ocultas en su seno, son más bellas que lo pueden decirlo las palabras.

¡Vamos! No debemos hacer alto aquí,
Por más gratas que sean las reservas aquí acumuladas, por más deleitosa que sea esta residencia, no podemos quedarnos;
Por resguardado que sea este puerto, por más calmosas que parezcan sus aguas, no debemos echar el ancla aquí;
Por halagüeña que fuere la hospitalidad que nos brinden, no podemos aceptarla más que de paso.

¡Vamos! Grandes serán las tentaciones,
Pero más grandes deberán ser los móviles que nos estimulen.

Navegaremos mares inhollados y salvajes.
Iremos donde soplen los vientos, donde se estrellen furiosamente las ondas, y el velero del yanqui vuela con todas sus velas desplegadas.

¡Vamos! Con potencia y con libertad, con la tierra y con los elementos.

Con salud, con osadía, con entusiasmo, con orgullo y con curiosidad;

¡Vamos! ¡Saltamos por encima de las fórmulas!
Por encima de vuestras fórmulas, clérigos materialistas de ojos de murciélagos.

El cadáver putrefacto obstruye el paso;
No esperemos más para sepultarlo.

¡Vamos! ¡Mas oídme antes!
El que viaja conmigo ha menester una sangre óptima, gallardía y perseverancia.

Nadie ose acompañarme en la prueba si no posee coraje y salud,

No se arriesguen los que han gastado lo mejor de sí;
Sólo pueden venir los que poseen un cuerpo puro y resuelto.

Los enfermos, los alcohólicos, los podridos por el mal venéreo no serán de los nuestros.

¡Yo y mis iguales no convencemos con argumentos, con comparaciones ni con estrofas rimadas.
Convencemos con nuestra presencia!

¡Escuchad! Quiero ser sincero con vosotros;
No os ofrezco los fáciles premios del pasado, os brindo los rudos premios del presente,
Los días que viviréis serán así:
No acumularéis lo que se llama riqueza,
Dispersaréis con mano pródiga cuanto ganéis con vuestro sudor ó vuestros méritos,
Apenas llegados á la ciudad, á la tierra prometida, apenas instalados en una y otra á vuestro agrado, un ímpetu irresistible os esforzará á abandonarlas.

Entonces, y siempre, oiréis las risas sarcásticas y las sangrientas burlas de los sedentarios y de los que queden detrás;
Si notáis algunos gestos de cariño, sólo contestaréis con apasionados besos de adiós.

¡No permitiréis que os retengan aunque os abran y tiendan los brazos con amor!

¡Vamos! ¡Junto con los grandes compañeros, para convertirnos en uno de ellos!
También ellos siguen la ruta,
Los hombres, esbeltos y admirables; las hembras, majestuosas,
Que aman los mares tranquilos lo mismo que las olas tempestuosas,
Que han navegado sobre tantas naves, y recorrido tantas leguas de tierra firme,
Los viajeros de remotos países, los frequentadores de lejanísimas moradas,
Que confían en los hombres y en las mujeres, observan las ciudades, y los laboriosos solitarios,
Los que se detienen á contemplar las hierbas silvestres, las flores, y las conchas playeras,

Los que bailan en las bodas, abrazan á la desposada, acarician tiernamente á los niños, y por momentos hacen de ayos,
Los soldados de la rebelión, los contempladores de las fosas recién abiertas, los que ayudan á bajar el ataúd;
Que viajan durante estaciones y años consecutivos,
Estos curiosos amigos, cada uno de los cuales emerge del que le ha precedido,

Andando, con los diversos aspectos de ellos mismos, como con otros tantos compañeros,

Andando, desde el fondo de su primera edad latente, é inconsciente,

Andando, con su juventud, con su virilidad barbuda é impertérrita.

Andando, con su femineidad, amplia, insuperada, feliz,
Andando, con su vejez sublime de hombre ó de mujer,
Vejez calmada, dilatada, llena de la augusta majestad del universo,

Vejez que avanza libremente como soliviantada por la deliciosa y próxima libertad de la muerte.

¡Vamos! Hacia lo que no tiene fin, ni tuvo principio,
A sufrir lo indecible en la laxitud de los días y en el reposo de las noches,

A anegarlo todo en la ruta que engloba los contrastes y los obstáculos, en los días y en las noches del viajar,

A resumirlos en cada nueva etapa, en partidas para más grandes viajes,

A no ver ni saber de cosa alguna que podáis alcanzar y ultrapasar,

A no concebir tiempo, por lejano que sea, que no os sea dado vivir y preterizar,

A no alzar ni bajar nuestras miradas sobre ruta alguna que no se extienda para que la holléis,

Que por larga que sea no se extienda para que la finalicéis,
A no ver existencia, sea la de Dios ó de quienquiera, que vosotros no podáis realizar,

A no contemplar posesión que no podáis poseer, á disfrutar de todo sin trabajo ni compra, gozando de la fiesta sin sustraer un adarme de ella,

A elegir lo mejor de la granja del colono, de la elegante villa del rico, de las castas alegrías de los desposados, de las frutas de los vergeles, de las flores de los jardines,

A llevar con vosotros las multitudes de las ciudades que atravesaréis,

Los edificios, las calles, los monumentos, las ruinas,
 A asir el espíritu de los hombres en el fondo de sus cerebros,
 á medida que os crucéis con ellos, y los cariños en el fondo de su corazón,
 A llevaros vuestros amigos á lo largo de la ruta, á pesar de que ellos permanezcan estacionarios donde los halléis,
 A considerar el universo mismo como una ruta, una universidad de rutas, de rutas para las almas migradoras.

El origen de todo arranca del viaje de las almas:
 Todas las religiones, todas las cosas sujetas á la pesantez y á la gravitación, las artes y los gobiernos,
 Todo lo que fué y es, en este globo ó en cualquiera otro globo,
 Se oculta en escondrijos y en rincones, ante la procesión de las almas desfilando por las grandes rutas del universo.

Todos los demás viajes y progresos no son sino el emblema y la contraseña del viaje de las almas por las grandes rutas del universo.

¡Siempre vivos! ¡Adelante siempre!
 Graves, orgullosos, melancólicos, escarnecidos, locos, turbulentos, débiles, descontentos,
 Desesperados, altivos, amorosos, enfermos, aceptados y rechazados por los hombres,
 ¡Todos van! ¡Van! ¡Yo sé que van; lo que ignoro es dónde van!
 ¡Sé que van hacia lo mejor!
 ¡Hacia algo grande!
 ¡Quienquiera que seáis, salid fuera!
 ¡Hombre ó mujer, avanzad!
 No debéis quedaros á dormir ó á tontear en casa, aunque la hayáis construido con vuestras manos, ó la hubieran construido para vos.

¡Salid de los umbrosos retiros! ¡Salid de entre los cortinajes!
 Es inútil que protestéis, lo sé todo, y os lo manifiesto.
 Mirad dentro de vosotros los estragos del reposo:

A través de las risas, de las danzas, de las comidas y de las cenas populares,
 Debajo de los trajes, de los ornamentos, de las caras lavadas y teñidas.
 Mirad, silenciosos, ocultos, el disgusto y la desesperación.
 Ni marido, ni mujer, ni amigo, son bastante seguros para escuchar la confesión;
 Un otro yo, un doble de cada cual es el que, á pasos furtivos, ocultando y disimulando su ser,
 Anda amorfo y sin voz por las calles de las ciudades, cortés y dulzón en los salones,
 En los vagones de los ferrocarriles, en los vapores, en las reuniones públicas,
 En las casas de los hombres y de las mujeres, en la mesa, y en el lecho, por todos lados:
 Se presenta correcto, sonriente, el talle erguido, con la muerte en el pecho y el infierno debajo del cráneo,
 Bajo las sábanas finas, y los guantes, bajo las cintas y las flores artificiales,
 Respetuoso de las costumbres, mudo respecto de su persona,
 Hablando de todo en sociedad, pero jamás de sí.

¡Vamos! ¡A través de las luchas y de las guerras!
 No podemos abandonar la conquista de la meta.

¿Habláis del éxito de las pasadas luchas?
 ¿Qué es lo que ha tenido éxito? ¿Vosotros? ¿Vuestra nación?
 ¿La Naturaleza?
 Escuchadme bien: la esencia de las cosas y las empresas es tal, que á pesar de todo éxito recogido, sea éste cual fuere, deben surgir otras cosas y otras empresas, engendradoras de mayores esfuerzos.

Mi vocación es vocación de batalla; mi canto es toque de clarín. Yo engendro rebelión activa.
 El que venga conmigo debe venir bien armado.
 ¡El que venga conmigo tendrá á menudo por compañeros el hambre, la pobreza, la enemistad y el abandono!

¡Vamos! ¡La ruta se abre ante nosotros!
Es segura, yo la he recorrido, mis pies la han probado cuidadosamente:

¡Que nada os detenga!
¡Queden las cuartillas vírgenes sobre el escritorio, y el libro sin abrir en su anaquel!
¡Queden las herramientas en el taller! ¡Quede el dinero sin ser ganado! ¡Quede la escuela en su sitio! ¡No hagáis caso de los gritos del maestro!
¡Que el predicador predique en el púlpito! ¡Que el abogado abogue en el tribunal! ¡Que el juez interprete la ley!

¡Camarada! He aquí mi mano! Te doy mi cariño, más precioso que el oro,
Te doy mi ser por completo, en vez de prédicas ó de leyes.
¿Quieres darte á mí? ¿Quieres venir á viajar conmigo?
¡Seguiremos juntos y unidos tanto como duren nuestras vidas!

Ciudad de orgías

Ciudad de orgías, de baladas y de alegrías,
Ciudad, algún día ilustre porque yo he vivido y cantado en tu seno,
No son tus pompas, tus cambiantes cuadros ni tus espectáculos, los que me pagan mis cantos,
Ni las interminables hileras de tus edificios, ni las naves de tus muelles,
Ni los desfiles en tus avenidas, ni las vidrieras llenas de mercaderías,
Ni el conversar con personas instruidas, ni asistir á fiestas y saraos.
No. Nada de eso. Pero cuando paso, ¡oh Mannahatta! el frecuente y rápido relámpago de los ojos que me brindan afecto,
Que se cruzan con mis relámpagos,
Eso me alegra y me satisface.
Amigos, un perpetuo cortejo de amigos, basta para que me sienta retribuido, pagado.

El himno que canto

El himno que canto
(Hecho de contradicciones) lo consagro á la nacionalidad.
Dejo en él el germen de la rebeldía. ¡Oh derecho latente á la insurrección! ¡Oh el inextinguible, el indispensable fuego!

Una marcha en las filas

Una marcha en las filas con el enemigo que nos asedia,
por una ruta desconocida.
Atravesamos un bosque espeso en cuyas tinieblas se apaga el ruido de los pasos;
Nuestro ejército ha tenido grandes pérdidas en un combate, y el resto marcha sombriamente en retirada;
Pasada la noche, vislumbramos el resplendor de un edificio débilmente iluminado;
Llegamos á un espacio descubierto en mitad del bosque, en el que hacemos alto, junto al edificio de pequeñas luces:
Es una grande y vieja iglesia, construída en la encrucijada de los caminos, ahora transformada en hospital.
Penetro un instante en ella y veo un espectáculo que sobrepasa todos los cuadros y todos los poemas:
Sombras del negro más intenso, más opaco, aclaradas apenas por bujías y lámparas portátiles que llevan de un lado á otro,
Y por una gran antorcha fija de resina que proyecta fantásticas llamas rojas y nubes de humo;
A su resplandor percibo vagamente grupos de formas humanas amontonadas de trecho en trecho, unas extendidas en el suelo, otras sobre los bancos de la iglesia;
A mis pies percibo más distintamente un soldado, casi un niño que agoniza desangrándose (ha recibido un balazo en el abdomen).